REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

7492

TOMO XI

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
—
1887

LA

LITERATURA EN CENTRO-AMÉRICA

Muy pocas obras hay que puedan dar á conocer siquiera sea con alguna variedad de datos la producción intelectual de Centro-América. Juarros, el historiador, apenas si habla de los escritores de su tiempo; Montúfar se circunscribe en su larguísima *Reseña*, á la política y á la vida social; Uriarte, en su *Galería Poética* no hizo sino una compilación mal ordenada y peor impresa; y exceptuando la obra de Mayorga Rivas sobre los poetas del Salvador, no hay casi libros que den una idea bastante clara del asunto.

Félix Medina intentó coleccionar las producciones de los poetas nicaragüenses, y creemos que Pío Víquez las de los de Costa-Rica. El primero desmayó desalentado. Del segundo, no tenemos noticia de que haya llevado á cabo su tarea.

Mr. Paul Lévy, viajero francés, en su *Geografía de Nicaragua*, al hablar del adelantamiento intelectual de los nicaragüenses, se ocupa en él sin conocimiento y muy á la ligera. Apenas si cita versos mediocres de Carmen

Díaz, quien, si fuese conocido únicamente por su *Yo pienso en ti* y su *Elegía*, no mereciera el puesto de grande y bravo poeta que sus muchas buenas producciones le han conquistado.

En la *América Poética* de José Domingo Cortés, no figura ningún centro-americano, y en otras varias antologías americanas se han omitido nombres harto gloriosos. Bastará con citar á Batres Montúfar y á los hermanos Dieguez, tres fuertes liras.

Dos nuevas colecciones de obras poéticas americanas se preparan, una en Bogotá dirigida por don Lázaro María Pérez y otra en Buenos Aires, por un literato argentino según noticias que hemos recibido en carta del poeta Obligado. Ojalá se subsanen aquellas lamentables omisiones.

Los artículos que hoy comenzamos á publicar en la REVISTA serán una ligera reseña de la vida literaria en Centro-América.

I

Á los comienzos de este siglo, cuando aún el poder español gobernaba en todo Centro-América, Guatemala era el foco de la ilustración y del progreso en aquellos países. No sólo ostentaba la capitanía general, sino una universidad que sólo tenía como rival á la entonces nombrada de León, en Nicaragua, donde ciencias sagradas y profanas se enseñaban como en la misma patria española.

De León salió Miguel Larreinaga, que comenzó por ambicioso y acabó por sabio. Larreinaga fue á Guatemala con ese anhelo de los que buscan buen aire para sus

pulmones sedientos ó para sus alas abiertas. En Guatemala había aparecido Valle, un hombre de vastas concepciones, amigo de Jeremías Bentham, con quien se carteaba muy á menudo y quien le envió poco antes de morir un mechón de sus cabellos y un anillo de oro, brillante como el estilo de José Cecilio. También lucía entonces José Francisco Barrundía, no como escritor al modo de Larreinaga ni por lo profundo de la sabiduría como Valle. Era orador robusto y vibrante, con palabras vencedoras que sacaba á lucir como hachas doradas, con argumentos vigorosos, con el relampagueo del hablar inimitable de los tribunos elocuentes.

¿Quién más? Estaba Irisarri, cuyo nombre es en Chile glorioso quizá más que en la tierra que vió nacer á aquel ingenio.

El Centro-Americano, si mi memoria me es fiel, se llamaba el periódico en que esos hombres daban luz al pueblo en los principios del siglo.

Ahí fué donde Irisarri empezó á tratar las cuestiones sociales y literarias, que más tarde desenvolviera en escritos más extensos y famosos; ahí el viejo Larreinaga expuso su célebre teoría sobre el origen del fuego central de la tierra, teoría en que se ocupó la Revista de Edimburgo; ahí Valle enseñó en las pequeñas hojas de un periódico, lecciones que valían por muchos grandes libros.

La imprenta estaba entonces en sus principios por aquellos lugares. Desde la publicación del primer libro centro-americano, un *Tratado sobre el cultivo del añil*, impreso con tinta azul, hasta la fecha á que nos referimos, pocos eran los adelantos tipográficos. No sabemos si después de Guatemala las otras secciones tuviesen imprentas

á la sazón, ni quiénes fueron los antecesores de Justo Hernández y Nicolás Aguado en Nicaragua.

En Méjico se imprimían algunas poquísimas obras de los guatemaltecos, y creemos que cuando don fray Matías Córdoba, el poeta, publicó su libro científico en latín, lo hizo por prensas mejicanas. Don fray Matías fué un poeta que floreció á fines del siglo pasado. Dado á la escolástica y á las cuestiones científicas, dilucidaba sobre los asuntos filosóficos y sabía botánica. Pero, sobre todo, era un excelente poeta. Los Ambrosios y los Basilios tenían en aquella cabeza entrada al par con los Horacios y Lucrecios.

Sabía latín como un romano de los buenos tiempos, y en fuentes latinas bebía el agua clara de su sabrosa poesía, la frescura de aquellos versos suyos, las maravillas de *La tentativa del león y el éxito de su empresa.*

Era un versificador clásico y fino, correcto y pulcro. Su estrofa es liviana y bella; y el frey sabía lo que se hacía cuando llamaba á las musas, con perdón del hábito y de la capucha, á las musas griegas, hermosas, fragantes é inspiradoras.

Á fray Matías, á Irisarri, al sabio Valle, á Larreinaga, á Goyena, á José Milla, dedicaron últimamente los escritores y artistas guatemaltecos una gran velada lírico-literaria. El discurso del notable escritor Fernando Cruz es una obra excelente y se ha publicado en EL CORREO DE PARÍS.

Bien está que se recuerde así á esos hombres gloriosos.

José Milla fué un escritor posterior á la independencia de Centro-América, que, como se sabe, se realizó en el año de 1821.

Milla era un gran novelista de costumbres, quizá y sin quizá, el único verdadero novelista que ha tenido la América Central y uno de los muy pocos de que los latino-americanos podemos enorgullecernos.

No existía, cuando Milla escribió, la novela realista, ni esa que se ha dado en llamar de trascendencia. Lo que él seguía en sus muchas obras era la novela vieja española, el estilo chispeante y rico de los noveladores de la buena edad de nuestras letras.

Era fecundo, como casi no ha habido allá otro, y su fecundidad era siempre causa de nuevas obras plausibles y excelentes. *La hija del adelantado* es novela que los aficionados chilenos, no digo los letrados, deben de conocer. Aquel eximio narrador salvó las fronteras de su patria, y su nombre es uno de los pocos que han volado fuera de aquellas tierras, donde si hay flores hermosas que admirar, hay también zarzales que aprisionan y martirizan á los que tienen alas.

Antes de que brillara José Milla (de quien es bueno advertir que era y es más conocido por su anagrama, *Salomé Gil*, que por su propio nombre) había aparecido para regocijo de las letras castellanas el insigne contador en verso, el poeta satírico José Batres y Montúfar.

Batres fué imitador de Casti, y sus principales obras fueron escritas con esa tinta simpática que trae risa á los labios de los lectores.

Antes de que don Andres Bello escribiera su *Proscrito* y que don José Joaquín de Mora publicase su *Don Opas*, ya Batres había concebido y derramado en el molde de sus octavas graciosas y frescas, el pensamiento capitalde su *Reloj* y de sus *Falsas apariencias*.

Son estos dos poemitas dos joyeles de la literatura

americana, y me complazco en recordar que Menéndez Pelayo los estimó en cuanto valen cuando llegaron á su vista y conocimiento. Batres Montúfar jugaba con la rima como un prestidigitador con un naipe, como un malabar con sus cuchillos acerados. Hacía las más raras combinaciones, y esto sin abandonar el metro clásico de la octava real.

Por lo que respecta á la invención, tomaba siempre el poeta asuntos de la época colonial, y su conocimiento de esos detalles de la historia patria, le hacía salir airoso en sus propósitos. Era, además, puro en el decir, y tal hablaba, que hubiese parecido un rimador de la edad de oro de la lengua. Estudió é imitó, es innegable, al autor de *Los animales parlantes*; pero le mejoró en lo de exponer lo picante bajo la capa sedosa de lo pulcro. Las octavas de Batres Montúfar ríen solas. Ya se miran, al leerle, las pelucas empolvadas de los nobles de Santiago de los caballeros, las damas con sus trajes á la española, y las cabalgadas de los días de alegría y jolgorio. Narra en el verso ligero con tanta gracia como soltura; y hay que ver esos rosarios de consonantes que parecen imposibles y que fáciles triunfan. Con el nombre de Batres se ufanaría cualquier parnaso.

Al propio tiempo que este ingenio, era motivo de aplauso y alegría otra musa juguetona de la ciudad de Guatemala. Nos referimos á María Josefa García Granados. Su apellido es uno de los más conocidos desde los tiempos de la colonia. Sus versos son casi ignorados fuera de su país. Fué esta poetisa de carácter hombruno y talento audaz. Dicen que era gran improvisadora, y que gustaba de los asuntos libres para sus versos, que se inmiscuía en la política y que echaba letrillas y glosas

por su pluma, que daban escozor á los gobernadores y encendían las mejillas de las damas que en ellas ponían los ojos.

Fué amiga de Batres, y aun hay quienes recuerden en Guatemala composiciones que ambos se dirigían. María Josefa García Granados, ha sido la mujer de más ingenio que haya producido Centro América.

Honduras tiene como envanecerse, habiendo sido la cuna del Padre Reyes, también poeta.

Este es el poeta sencillo, aunque á veces volara lleno de las audacias de una inspiración soberbia. Sus principales producciones fueron escritas para ser representadas ó cantadas. Á veces autos sacramentales, á veces pastorelas y villancicos. Aún en los pueblos que conservan sabor de lo pasado se representan las segundas en las noches de pascua. Hacía sus versos el padre para ser entendidos por los rústicos, y, en verdad, que hay en todos perfume de égloga, dulzura de miel de abeja. Habla el pastor, el que tiene fe, el que lleva regalos al niño Jesús al establo; y ahí se dice de la estrella que guía, del dios tierno, del buey que echa su vaho para calentar al recién nacido, y de la madre santa que tiene en los ojos luz celeste y en la frente pureza inmaculada.

El padre Reyes se inspiraba de veras en las escrituras; y en el gran Verbo de la Biblia, enigma y grandeza, hallaba la claridad de sus conceptos y la humildad mansa de su musa creyente y desprovista de gala y pompa.

Los hermanos Dieguez llenaban con sus versos poco tiempo después del padre Reyes, si mal no recuerdo, el gusto guatemalteco. Juan y Manuel eran dos poetas de grande inspiración, y si el uno era más artista, el otro era más sentimental. Manuel Dieguez era delicado y elegan-

te, conocía los resortes de la buena versificación y parecía pulir sus poesías como un escultor sus estatuas, dejándolas exentas de toda mancha ó aspereza.

En cambio, su hermano Juan era poeta que se iba más á lo hondo, y tocaba el alma y sentía lo que le brotaba por el pico de la pluma. El primero escribió su bella *Garza*, que empieza:

¡Oh tú, de la onda inmaculado lirio,
melancólica reina del estanque,
tan silenciosa, tan inmoble y limpia
cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

Y el segundo escribió sus letrillas sentidas, y supo cantar con una dulce tristeza aquello que no dejarán de recordar los que lo hayan leído, del *Fuego que se torna en ceniza.*

Los hermanos Dieguez vivieron juntos la vida del arte, al modo de los Goncourt, de los Daudet, de los Arteaga Alemparte. Ambos á dos tenían el fuego sagrado, ambos á dos sentían las vastas ansias de los hombres superiores.

Contemporáneo de ellos fué don Ignacio Gómez, salvadoreño, literato poderoso, gran conocedor de lenguas y poeta de no escaso numen. Tenía Gómez el dón de la universalidad, y se complacía en tratar todos los asuntos que le venían en deseo. Traductor excelentísimo, vertió al castellano versos alemanes de Gœthe, italianos de Leopardi, franceses de Lamartine, ingleses de Byron y de Gray. Creemos que una de las mejores traducciones que hay en nuestro idioma, de la elegía de este último *En un cementerio campestre*, es la de Gómez, y la colocamos sobre la versión de Vedia. En los versos

suyos propios no demostraba inspiración Ignacio Gómez, sí conocimientos clásicos y arte intachable. Era aficionado á la poesía pastoril, á tal punto que la conocidísima sociedad literaria de los Arcades de Roma (á la cual pertenece su santidad el Papa) le acogió en su seno, dándole el nombre de Clitauro Itascense.

Si no nos equivocamos, Gómez llegó á Chile de ministro de la república de Honduras hace mucho tiempo, y en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD se puede encontrar una memoria suya ó discurso sobre letras.

En Nicaragua surgían por aquel entonces letrados de poco valer, de los cuales casi nada digno de atención se conserva. Don José Cortés y el señor Núñez eran poetas populares y afamados, aunque no sino versificadores decadentes y pobres, casi vulgares, y cultivadores de un género que no vacilamos al calificarlo en chileno de *siútico*, el género desgarbado y estéril de los juegos de ingenio, de los logogrifos chinescos, de las charadas, acrósticos, glosas y tonadillas.

RUBÉN DARÍO

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO XII

7493

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A

1888

LITERATURA EN CENTRO-AMÉRICA

II

Fué García Goyena un fabulista insigne, de quien debe gloriarse Guatemala. Poeta de ingenio, todas sus obras son originalísimas y buenas, especialmente sus fábulas, género en el cual creemos que en América muy pocos ha habido que le igualen. Goyena, en tan difíciles trabajos, está á nuestro entender, á la par de Salas y sobre Real de Azúa.

De sus obras hay una edición parisiense, muy rara por cierto, no recordamos si de Garnier Hermanos ó de Rosa y Bouret. En varios libros de lectura se hallan fábulas suyas, y un *Canto á la Independencia de Guatemala*, puede leerse en la colección del REPERTORIO AMERICANO de don Andrés Bello.

Los versos de Goyena tienen un gusto y corte clásicos, al par que una facilidad y gracia admirables. Usaba nuestro autor del provincialismo con gran tiento, y sus

sátiras casi todas son dedicadas á asuntos y circunstancias locales.

Quien grande influjo tuvo en el desarrollo intelectual y en la afición poética de los centro-americanos, fué el español Fernando Velarde, que recorrió casi toda la América hace muchos años, el cual dejó muy agradables recuerdos en muchas repúblicas donde derramó sus conocimientos y encendió con sus entusiasmos gran número de inteligencias. Si no nos equivocamos, en el Perú fué maestro de Numa Pompilio Llona y de Miguel Grau, el marino.

Cuando llegó Velarde á Centro-América por la primera vez, residió en Guatemala. Ahí le conoció, entre otros, un poeta nicaragüense Antonino Aragón, hoy anciano sabio y venerable, director de la Biblioteca Nacional de Managua.

Era Velarde un romántico ampuloso, lleno de gran talento, con un vivir raro y una producción infatigable. Había dejado España por causa de amores desgraciados, amores que cantó tristemente en muchos de sus versos. Pocos poetas hemos leído que expresen mejor los hondos sentimientos, las íntimas penas, que el autor de los *Cánticos del Nuevo Mundo.*

Otro poeta español que tuvo lo que podríamos llamar pequeña escuela, fué Urioste, amigo íntimo de Zorrilla, y á quien en 1883 alcanzamos á ver en San Salvador, vate retirado ó cansado, ya muy viejo, con la cabellera toda blanca.

La Alcoba es una de sus mejores obras. Es un poemita delicado, lleno de bellezas y no libre de defectos, sentido y enflorado; poema de amor. Pero más que Urioste, Velarde. Empezaron por aquel entonces los

imitadores de éste á escribir poesías de horas negras, versos macabros al par que pomposos hasta el mal gusto, estrofas que remedaban á aquellas de nuestro don Fernando:

Un eco vago
fugaz retumba;
de tumba en tumba,
lánguido y flébil
rodando va.

Ó aquello de:

En un momento de estupor ambiguo
una salmodia funeral se oyó,
y el gran cadáver de mi amor antiguo
en la sublime eternidad se hundió.

El abuso del procedimiento llegaba hasta lo insoportable. La hinchazón se puso de moda. Todos los audaces se lanzaron por ese camino que creían hermoso, triunfante. Hubo talentos. Mas inflando, si á veces produjeron globos de oro, otras tantas, estrofas como vejigas. El contagio de Velarde duró por largo tiempo.

La publicación de libros era bastante escasa. El periodismo estaba atrasadísimo en las cinco repúblicas. Las hojas de entonces eran cuando más semanales, y los escritores muy pobres, con raras excepciones. Don Victoriano Rodríguez, gran letrado, era muy de notarse en San Salvador. En Guatemala, don Lorenzo Montúfar se había dado á conocer con brillo; en Nicaragua, Jerez, Castellón, Jerónimo Pérez, el historiador, don Anselmo H. Rivas y un clérigo extranjero, muy ilustre, el padre Pozo, eran de los pocos que llenaban la prensa. Poetas, muy escasos; á no ser en el Salvador, Enrique Hoyos y

nuestro queridísimo y respetado amigo Juan José Cañas; y en Nicaragua, Iribarren y Díaz.

En esta última república el historiador Perez,—que escribía muy mala prosa,—tuvo la idea de escribir de cuando en cuando peores versos. Asimismo Gregorio Juárez, un sabio humilde, una de las mejores cabezas de su tiempo, padeció desgraciadamente la debilidad de dejarse seducir por las musas.

La afición le duró hasta la muerte. Era médico, y quizá por esto siempre hizo sus versos como por receta, ó formulario. ¡Pobre y glorioso maestro Juárez!

El estudio de la historia patria no ha sido infructuoso. La *Reseña Histórica* de Montúfar es una obra digna de todo encomio. Se compone de cinco gruesos volúmenes llenos de interesantísimos documentos. Está escrito el texto en ese estilo cortado que aquí conocemos tanto en don Miguel Luis Amunátegui. Con la sola diferencia de que Montúfar es más amigo del tropo, del efecto en el decir, que el correcto y erudito autor chileno.

La historia de Costa Rica, apenas desflorada por Molina, perdió con la muerte trágica del escritor don León Fernández un paciente y talentoso cultivador. La de Honduras no tiene aún una obra fundamental, y bien podía ésta llevarse á cabo confiando el gobierno tal trabajo á plumas como la del hondureño Zúñiga, meritorias y competentes. La de Nicaragua quedó inconclusa, mas en lo que hay se nota peso de monumento. Don Tomás Ayón, escritor como pocos en la América española, canoso de vida y de ciencia, murió en el medio de la tarea. Dejó Ayón escritos dos grandes volúmenes, donde la serenidad del juicio y el conocimiento profundo, son expresados con habla gallarda, con frase limpia

y bella y llena de esas claras donosuras en que huelga á sus anchas el espíritu. Era grande admirador de Barros Arana, y muchas veces cita en su obra las opiniones de don Diego como apoyos fuertes y rectas razones. El viejo Ayón fué el maestro de la juventud nicaragüense. Difundió el apego á las buenas letras, fundó sociedades científicas y literarias, entre otras el Ateneo de León; y enseñó lo bastante para que su recuerdo sea allá imborrable.

La historia salvadoreña habría debido ser escrita por el hábil don Rafael Reyes, y aún creemos que fué encargado de ello.

Ignoramos el resultado.

El elemento extranjero, los ilustres hombres de otros países que han llegado á las cinco repúblicas, han sido los iniciadores del progreso en cuanto al talento y obra intelectual se refiere. No hay estado centro-americano que no conserve algún recuerdo cariñoso de los extranjeros de tal clase que han fallecido por desgracia; ó que no tenga en estimación y valía á los que hoy viven dando su luz, enseñando sus ciencias ó sus artes. ¿Quién, después de Velarde, ha producido un despertamiento tan grande en la poesía centro-americana como nuestro amigo Palma, José Joaquín, el cubano, el tropical, el caballero y trovador de la edad media vestido de levita? Palma llegó á Honduras y fué recibido como se lo merecía por el entonces presidente Soto.

Palma es de los poetas cubanos el mejor rimador de amores, como dice José Martí, y vive la vida del poeta, aún cuando ya su barba, antes de oro, tenga hebras de nieve. Todo un joyero inagotable, eso es su fantasía; un arte exquisito y delicado, ese es su procedimiento.

La décima es la cuerda más bella de esa lira. No creemos que haya fácilmente otro poeta más «de salón» que Palma. Allí, en el salón, es donde sus décimas, que leídas encantan, recitadas por él cobran un ritmo nuevo; y luego, su figura es distinguidísima, su hablar armónico, cadencioso, un tanto gutural; así se oye la recitación, sin ser afectada, como una música cristalina.

Pero ¿quién en nuestra América española no ha oído ó visto alguna estrofa de las *Tinieblas del alma?*

Cuando la muerte de Andrade, puede recordarse que hubo lo que se llamaría un incidente literario. Fué calificada por un escritor bonaerense, como la mejor estrofa del autor de la *Atlántida*, una de las *Tinieblas*. Andrade la había copiado y guardado entre sus papeles. Ahí se encontró, y de eso provino la equivocación del escritor aludido.

Recordamos que por esa época en un periódico de San Salvador se publicó un artículo que acusaba á Palma de plagiario. Alguien dijo al poeta que nosotros éramos los autores de tal artículo, por razón de pertenecer á la redacción del periódico en referencia. La suerte y el tiempo quisieron que él se convenciese de lo contrario, y que quedásemos más amigos que nunca.

Palma, como ya dijimos, fué pues, uno de los que tuvieron más imitadores entre todos los *poetæ minoræ* de por allá. Á tal punto que los decimeros se multiplicaron, inundando las publicaciones con un torrente de quejas y de flores, ya fragantes, ya chillonas. La estrella solitaria del pabellon cubano brillaba por todos lugares. Hubo, es cierto, imitadores felices, como el desgraciado hondureño Molina Vigil, suicida, como Acuña, en todo el esplendor de su vida.

Valero Pujol es un ilustre hijo de España que vive hoy en Guatemala,—y Dios le conserve por muchos años,—produciendo á la continua obras serias de historia y literatura, enseñando en la cátedra, y siendo admirado y querido por todos los que conocen su gran talento y su ilustración vastísima. Fué en su país gobernador de provincia, y por razones políticas se alejó de allá. Pujol es un escritor fecundo, pródigo de expresión en el discurso, amigo de los párrafos largos como todos los hombres abundosos de ideas y de palabras; sin brillo ni pompa, pero con firmeza, médula y doctrina. Muchos son sus libros, todos buenos; hay históricos, filosóficos; éstos son los mejores. Lo lamentable es que se publiquen en Guatemala y nó en Europa. Baste con decir que aquí no hemos encontrado una sola obra suya en ninguna biblioteca pública ni privada de las que hemos visitado.

Los hermanos Ferraz llevaron á Costa Rica mucha vida para el alma. Fueron á dar sus lecciones, á alimentar los espíritus de la juventud; y ambos, Valeriano y Juan, son ilustres y beneméritos. El primero, conocidísimo en España como orientalista, es á la sazón profesor de árabe en el primer establecimiento de enseñanza de la Habana; el segundo continúa en San José de Costa Rica, siempre infatigable para enseñar y para escribir. Honduras, como ya dijimos, tuvo en su seno á Palma; este poeta hizo nacer poetas. Él alentó á Carlos Gutiérrez, á Fortín, al nicaragüense Félix Medina, jóvenes todos de esperanza por sus buenas dotes de inteligencia; y á Molina Vigil, el pobre cantor.

Nicaragua ha tenido la dicha de albergar también hombres de valer en su tierra. Cuando se fundaron los institutos que hoy hacen las veces de la antigua univer-

sidad de León, los profesores fueron todos extranjeros, y casi todos de fama, de ilustración reconocida.

El padre Sáenz Llaría llegó de España á dirigir el entonces colejio de Granada y hoy Instituto de Oriente. Don Juan Eugenio Hartzenbusch lo había recomendado al presidente Chamorro, cuando éste estuvo en Madrid. Y en verdad que el padre Sáenz era una cabeza poco común, una alma espléndida y un libro vivo. Él murió en su puesto: todos le bendicen. Al Instituto de León llegaron don José Leonard y Bertholet y el doctor Salvador Calderón.

Era el uno un polaco que había sido ayudante del general Kruck en la última insurrección; que había salido de su país, y que después de residir en varios lugares de Europa, se radicó en España. Hombre de una viveza extraordinaria, tenía gran facilidad para hablar todas las lenguas, como todos los de su raza. Por sus aptitudes logró en Madrid alternar con los primeros literatos, y fué uno de los más ardientes luchadores en pro de la revolución filosófica y social de los últimos tiempos, como escritor de nota en el diario, y como conferencista distinguido en la Institución libre de Enseñanza. Los cambios políticos, el triunfo de sus amigos y correligionarios le elevaron á redactor de *La Gaceta* de Madrid. Recordamos á este propósito los elogios que de él hace en uno de sus libros el nunca olvidado poeta español don Ventura Ruiz Aguilera.

Cuando el gobierno que le protegía cayó, Leonard tuvo que ir á París. Después de algún tiempo, aceptó el contrato para ir de profesor á Nicaragua, y llegó allá acompañado del doctor Calderón.

Éste era el tipo más exacto del hombre de ciencia,

enamorado de la tierra, de la roca, de la planta, del animal.

Por ciertas frases de reforma pronunciadas por Leonard en la inauguración del Instituto de Occidente, cierta parte de la sociedad de León, en un exceso de celo religioso, declaró guerra á los nuevos profesores, á los que habían sido osados á decir por primera vez en pleno público la palabra libre pensamiento. Ellos permanecieron firmes en su obra. Mas la persistencia de los que emplearon hasta la amenaza de la asonada y de incendiar el establecimiento, hizo que pocos años después partiesen, primero Calderón y luego Leonard.

Con todo, á ellos se debe gran parte de lo que hoy sabe la nueva juventud de Nicaragua, ellos hicieron todo lo que pudieron: Calderón difundió el amor á la ciencia, Leonard hizo tomar un nuevo rumbo á los embriones de literatura nacional existentes, y si el uno dejó un libro interesante para los conocimientos científicos, sobre *Animales de Nicaragua*, el otro con sus lecciones formó las bases literarias de muchos de los que hoy ocupan el primer rango entre los que por allá escriben.

Seríamos injustos si no recordásemos á uno de los fundadores del periódico más antiguo de Centro-América, *El Porvenir de Nicaragua*, á don Fabio Carnevalini. Como se ve por su apellido, es italiano de pura sangre. Es de familia distinguida, peleó por Garibaldi, y no tenemos en la memoria ningún detalle más sobre la vida de don Fabio. Llegó á Nicaragua desde hace muchísimo tiempo, y con un alemán, Enrique Gottel, sostuvo el citado diario. Él empezó á esparcir el gusto por los asuntos de letras, con unos pocos seguidores, y siempre perseverando, siempre en el trabajo durísimo de la

prensa, Carnevalini, italiano, escribía como pocos nicaragüenses el español. Persiste aún el buen viejo. Pero ¡oh Dios! lo que no le perdonaremos son ciertos versos que se ha atrevido á publicar. ¡Qué versos! Como noticia curiosa para los chilenos, desearíamos recordar un soneto *Al Guáscar*, que empieza:

Oh, *Guáscar*, *Guáscar*, tu valor triunfante...

pero la memoria nos traiciona, y más vale así.

Carnevalini ha traducido la obra de Walker sobre la invasión á Nicaragua con los filibusteros; y la ha traducido bien; tanto más que es un italiano el que escribe en español.

¡Quiera Dios que viva don Fabio por mucho tiempo!

Y ahora, Ricardo Contreras.

Á Contreras lo envió Méjico. Este mejicano es uno de esos escritores que necesitan un campo vasto para darse á conocer. Si Contreras, en vez de ir á Centro-América, hubiese venido á Chile ó a la Argentina, estaría colocado en el primer rango de los escritores del continente.

Es preciso haber leído algo de este literato, conocer los chisporroteos de ingenio que riega á cada paso en sus períodos, su erudición maciza, llena, fundamental, su facilidad de producir, sus principios literarios razonados, el brillante encadenamiento de su prosa, su pureza en el decir al par que el absoluto modernismo en la expresión, de manera que es un clásico elegante, su estilo compuesto de joyas nuevas de plata vieja, pura, sin liga, para apreciarle.

Desde que llegó enseña, y seguirá enseñando. ¡Oh! más

cuánto sentimos algunos la oscuridad de esos hombres brillantes que podrían, si quisieran, ser gloriosos!

Otro llegó hace algún tiempo á Guatemala. Era un cubano. Su palabra fácil y vibrante, su hablar precipitado, su decir mucho, no gustaron. Y eso que desempeñaba en un colegio una clasecita de tres al cuarto, en cuanto á remuneración.

Hoy ese hombre es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, á nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España ó de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya si no es de hierro, es de oro, ó huele á rosas, ó es llamarada; porque se fué á ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The Sun* donde Dana le estima; porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta ó cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano, ó una lámina de plata, ó un estampido. Á veces, un titán coge un hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas, cuando el poeta en prosa os habla del amor ¡oh lectores! ó del arte, ó de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis un harpa eólia ó el arrullo de un coro de palomas.

Ese escritor se llama José Martí. Martí, alcanzó á escribir en *El Porvenir* de Guatemala algunos artículos, y después partió.

Recordamos que el salvadoreño Francisco Castañeda, —por otra parte persona inteligente y buen escritor,— nos decía que Martí en Guatemala, «no había gustado, y con razón.»

¡José Martí! El que hoy con Castelar, con D'Amicis, con Ortega Munilla y otras plumas de primer orden, for-

ma en *La Nación* de Buenos Aires el grupo más brillante de corresponsales que jamás haya tenido diario alguno del mundo!

Cubano como Martí y orador elocuentísimo es Antonio Zambrana,—últimamente elegido diputado á las cortes de Madrid—de inextinguible memoria en Costa Rica y Nicaragua, donde vertió sus discursos como ondas de pedrería, donde llevó casi una verdadera revolución literaria, donde hoy muchos que por él batieron las alas de su ingenio, le agradecen sus consejos y sus lecciones.

¡Qué hombre tan raro Zambrana! Bien le recordamos: nervioso, pequeño de talla, de mirada á veces fulminante, á veces tierna, ligeramente moreno, como hecho á sol, vanidoso, mariposeante, insoportable como un poeta, conversador ameno, locuaz y buen vividor, amigo de todos los lujos.

Pero ahí está en la tribuna. Ha crecido. Es el orador. Siente al «dios», vibra la frase, hay un relampagueo que va encendiendo á todos los oyentes; la palabra para él es un teclado, una lira de mil cuerdas, lo rudo, lo bronco, lo contundente, lo que aplasta; ya pinta una tempestad, truena; mas, hé ahí al pequeño y gallardo rey David que modula un himno; y dice ese hombre cosas en que la armonía de la lengua asombra y extasía; derrocha flores; abre un cofre de cristal lleno de perlas y lo vacia. Bajó de la tribuna. ¿Quién no fué á estrechar su mano? Bien decía de él su amigo Palma, al dedicarle sus *Tinieblas* famosas:

> ... Tú, que en los patrios vergeles,
> por tu palabra inspirada,
> vas con la frente inclinada
> al peso de los laureles.

En Costa Rica ayudó á levantarse Zambrana á muchas inteligencias: á Ricardo Jiménez, literato y crítico; á Pío Víquez, poeta de grande alma, de soberbio vuelo; á Silviano Matamoros, mozo eruditísimo, que rara vez escribe, pero que cuando lo hace, siempre es digno de gran loa, pues se entra por ciencias como por letras con el convencimiento y vigores del que sabe; á José María Alfaro, cuyos versos espontáneos, frescos, sentidos, le hacen un buen ciudadano del divino país azul.

RUBÉN DARÍO

LA

LITERATURA EN CENTRO AMÉRICA

III

(Conclusión)

Concluyamos.

Hoy, todavía no ha pasado,—decimos en vista general, —el período de las ingenuidades, de los discreteos patriarcales, del achicamiento de las ideas, del remiendo de la frase, de las bizantinas y enmarañadas cuestiones filológicas, de la admiración de lo *rococó*. Hermosilla reina, se ignora á Juan Pablo. ¡Oh! y esto no es que no reconozcamos las buenas y fecundas cabezas de los que en ese gran mar de la mayoría meticulosa y opaca, se lanzan, batallan, reforman, logran ser vencederos. Sí, los reconocemos á esos, que son escasos, que á veces no se hacen comprender, y que cuando halagan el paladar de los muchos que son vulgo, según Cervantes, saben que descienden.

Hay inteligencias decididas, pensadores audaces que al fin triunfan.

Trabaja actualmente Fernando Cruz en Guatemala por provocar un renacimiento, por dar vida fragante y nueva á las letras de su país. Él es un escritor ameno y vivaz, lleno de erudición y franqueza, fuerte á veces, á veces con fuerza y gracia. Él ha hecho revivir el recuerdo de los escritores viejos, ha promovido fiestas en memoria de aquellos varones, ha iniciado nuevas ediciones de las mejores obras patrias. Otros le han seguido y ayudado en sus propósitos.

Él, hábil político, no ha dejado de cultivar las letras, ni de parar mientes en la instrucción pública, cuya mala dirección en Centro América ha sido causante de la apocada tendencia seguida en la producción intelectual en la mayor parte; la juventud, que hoy ya va para adelante, aunque poco á poco, animosa, dando hermosos resultados, llena de esperanzas, pensando en el porvenir, será la regeneradora.

Salvador Barrutia ha contribuído también al progreso de las letras guatemaltecas. Él no es un desconocido en esas tareas brillantes. Hace algún tiempo, publicó,—atrevimiento loable,—la conclusión de *El Reloj* de Batres Montúfar. Como se sabe, aquel grande ingenio dejó inconclusa su obra maestra.

Urrutia, Saravia, Valle y sobre todo, Alberto Mencos, son excelentes poetas. El primero ha escrito también novelas.

Vive aun, y escribe la señora doña Jesús Lapavía, poetisa, y uno de los primeros ingenios que en Centro-América se han dedicado á las obras teatrales. Un drama suyo, cuyo nombre no recordamos, fué muy bien

acogido últimamente, en su estreno. Á propósito, diremos una palabra sobre el teatro en aquellas regiones. Como en la mayor parte de las repúblicas de nuestra América española, el teatro no existe. Es cierto también que tan solamente Méjico puede enorgullecerse del suyo.

Las tentativas hechas en la América Central, han demostrado que no es estéril tal tierra para tales flores. No lo decimos por la tragedia de Francisco Díaz, *Morazán*, basada en la muerte del soberbio guerrero centro-americano, porque no tiene sino el mérito de la iniciativa; ni por el drama *Las dos rosas* de Francisco Galindo que lo que tiene de regular son algunos versos.

Sí lo afirmamos por los dramas primigenios de Mayorga Rivas, de Sáenz, y sobre todo, del primer poeta centro-americano, Gavidia, quien si viviese en España, y para España escribiese, estaría alto y glorioso en las universales letras, tanto como pueden serlo los que mejores obras dramáticas escriben en lengua castellana.

Gavidia era ayer no más desconocido. Hoy ya se le mira en su tierra,—á pesar de ciertas pasiones que todo lo atecan,—como lleno de la gloria que en poco tiempo ha sabido conquistarse.

Este brillante mozo, es el más joven de los miembros correspondientes de la Academia Española.

Lleno de potencia intelectual, con un estudio continuo y bien ordenado, desde hace cuatro años Gavidia trabaja noble y bellamente en su país. Allá le vimos por primera vez, el año de 1884.

¡Qué gratos recuerdos! Nosotros le conocimos recién empezaba á ser nombrado. Ocupaban entonces la prensa y la vida intelectual salvadoreñas el ecuatoriano Fe-

derico Proeña, castizo y picante diarista, compañero de Juan Montalva; Joaquín Méndez, joven de gran provecho, instruído y amante de las letras, sostenedor y fundador de la revista literaria *La Juventud*; Román Mayorga Rivas, poeta nicaragüense; Miguel P. Peña, imitador de Núñez de Arce, que escribió una epístola á este ilustre español y á José Velarde con motivo de los conocidos versos de éstos *La duda y la fe*; Enrique Martí, lo que se llama un muchacho de nervio y cabeza; Manuel Mayorga, quien si escribía algunas poesías, llamaba más la atención por sus artículos chispeantes y de ocasión; Manuel Baniere, un simpático periodista; Francisco Castañeda, literato de mérito, quien debía ser conocido en Chile, pues en tiempo de la guerra, sostuvo en *El Porvenir* de Guatemala las opiniones en pro de la nación chilena.

No digo el padre Bernal, porque escribía rara vez. Es éste un clérigo que tiene los favores de las musas. De mozo cantó amores, fué ardiente; hoy reza salmos y hace odas místicas. Gran carácter.

Gavidia era casi desconocido. Había llegado á la capital, de su provincia de San Miguel, con gruesos cuadernillos llenos de estrofas. Modesto...mentimos, tímido, no se había atrevido á darse á conocer. Por aquellos días murió un viejo sabio, maestro de toda una generación, don Pablo Buitrago. En el entierro, Gavidia leyó unos tercetos que le hicieron desde entonces famoso. Á la manera de Zorrilla, este poeta empezó á vivir la vida de la gloria, al borde de una tumba. Quisimos tratarle, hablarle. Nos presentaron á él y encontramos á un mozo moreno, robusto, de pecho ancho, cara franca y vivaz.

Un día, en su cuarto, un cuarto de estudiante, cerca

del parque Morazán,—hallamos sobre una mesa, entre varios manuscritos, un grueso rollo de papel. Estábamos encantados con sus versos. Deseábamos ver más. Le preguntamos:

—¿Y esto?

—Dos dramas.

Lo decía con una naturalidad que en otro nos habría producido mal efecto. ¡En verdad, el bravo mozo había escrito ya dos buenos dramas! Publicó hace algún tiempo un volumen, *Versos*. Lástima que no sea conocido como se lo merece. Su drama en prosa *Ursino*, que bien puede ser calificado como su obra maestra, hasta ahora, ha tenido un éxito espléndido.

Comenzó á publicar un poema por el estilo de los *Castigos* de Víctor Hugo. Mala es la política para el poeta. El presidente Zaldívar fué el blanco de las flechas candentes de Gavidia. El ataque individual fué cruel. En todo caso, el yambo que confunde á Napoleón III, no lo hallamos propio para Trochu.

Federico Proaño, hombre vivaz y talentoso, perteneciente á la gran comunidad del arte, no debía haber sido herido en el poema tremendo de nuestro queridísimos Gavidia, del modo que lo fué.

* * *

Hoy las letras han encontrado como un soplo de vida. En Guatemala, según parece, se ha fundado la Academia de la lengua correspondiente de la Real Española. En Costa-Rica el movimiento literario se hace notar. Gonzáles Víquez, Artur, Jiménez, van á la cabeza de la juventud. El Salvador tiene á Gavidia; al doctor Guz-

mán; á Castañeda; á Peña; á Vicente Acosta, joven de alientos, á Aragón y á otros más. Honduras á Zúñiga; á Rosa, el castelariano Rosa; á Gutiérrez; á Fortín y demás discípulos de Palma. Y Nicaragua, á Rivas, firme veterano; á Carlos Selva, el primero de los diaristas de Centro-América, nuestro don Zorobabel Rodríguez; y á Mayorga Rivas; á Gómez, á Lugo y á críticos como Enrique Guzmán, y literatos como Modesto Barrios. Tiene un novelista, Gustavo Guzmán.

Modesto Barrios es uno de los pocos escritores que allá tienen conocimiento y amor del estilo. Ama el arte, sabe escribir. Gautier ha tenido en él un traductor excelente y un buen seguidor. Donde más ha lucido sus buenas dotes ha sido en el periodismo, en el diario, donde le ha seguido muy de cerca un firme soldado de esas lizas, Hernández Sonsona, con talento rápido y fácil producción.

Barrios tiene el conocimiento de su lengua y el arte de la palabra, con sus brillos, espejismos, hermosuras y refinamientos; sabe comprender la excelencia del verbo, el mérito dominador del adjetivo, la coloración de una frase pictórica y gallarda.

Enrique Guzmán es un crítico de poderoso talento, de ilustración vasta, de gusto depurado. Solamente que es triste ver como pierde el tiempo,—que debería emplear en obras de trascendencia y en estudios generales que colocarían su nombre á envidiable altura en las letras modernas, siquiera en las americanas,—en pellizcar á los principiantes de nuestro prisecito; en señalar las faltas gramaticales de las odas *Á la luna* que suelen publicarse; en dar un palo, como dicen los españoles, á este ó á aquel aficionado empedernido ó colegial romántico, y,—

lo que más sentimos,—en gastar su buena prosa en sátiras políticas, de política casera, local, personal, á la diabla. Nó, Guzmán, que tiene páginas dignas de cualquiera literatura, debía salir con las alas de su ingenio fuera del círculo estrechísimo en que vive, y,—puesto que tanto conoce y gusta de Macaulay, de Saint-Víctor, de Richter,— dedicarse á producir afanosa y constantemente obras de alta crítica, que serían para él motivos de gloria y de satisfacción de su alma, y provecho de la juventud que ama las letras, y desea las claras y justas enseñanzas en el arte del bien decir.

Esto, sin aferrarse á las tradiciones manoseadas, sin enmendar las planas, Baralt en mano.

Allá, sin formas propias, sin encontrar hacedero sino aquello que el canon antiguo señala, los escritores y poetas han tenido como norma, de una manera principal, los clásicos españoles, hasta hace poco tiempo; después por nuevas vías han procurado seguir á tal cual astro grande ó mediano que en la madre patria se ha levantado. Y no es que censuremos el apego, por ejemplo, al decir puro y hermoso de los maestros de los mejores días del habla hispana, que esto es plausible, sino que desearíamos más vuelo, más entusiasmos; pues tenemos el convencimiento de que hemos llegado á un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas á la manifestación del pensamiento, forma vibrante, pintoresca, y sobre todo, llena de novedad, y libre y franca; dar,—como lo hemos dicho en otra ocasión,—toda la soberanía que merece la idea escrita, hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del es-

píritu que concibe. Pocos se preocupan de la forma artística; pocos dan,—para producir la chispa,—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa la doctora, que retorcía, laminaba y trenzaba la frase de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo que la fundía y vaciaba en caprichosos moldes de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos ahí,—y es lo que hay que aprovechar en nuestro decir moderno,—tenemos, quizá más que ninguna otra lengua, un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia á maravilla.

El conocimiento del arte y el culto de la belleza, por otra parte, hacen imposibles ciertas expansiones y análisis, cierto desparramar ideas, reglas y palabras que no dan buen ejercicio al entendimiento y traen empequeñecimiento y decadencia. Esto, en cuanto con la alta crítica se relaciona.

Méjico y la República Argentina dan un espléndido ejemplo de producción y de desarrollo intelectual, tales cuales deben ser en nuestras naciones latinas.

La imitación de los poetas españoles contemporáneos se ha notado y se nota en la mayor parte de los centroamericanos. Surge algún nuevo nombre en la península, y ya no falta quien pretenda remedar su modo de lucir. Así, cuando dejando los modelos de antes, desde fray Luis hasta Moratín y Quintana, pensaron en dar nuevo rumbo á sus producciones, comenzó la boga de Zorrilla, que allá despertaron Urioste, y tal vez el mismo Fernando Velarde. Luego llegó la época de Campoamor, y las doloras se multiplicaron tristemente, y el retruécano

era la divisa de todo el que versificaba, y el querer ser filósofo en dos redondillas fué querer común. Vino el reinado de Núñez de Arce,—poco después de un período en que José Joaquín Palma hizo olvidar los poetas de la península,—y los cuasi-*Idilios* no fueron escasos. La duda ganó terreno. Las ideas liberales, el escepticismo, la clerofobia llenaron muchas estrofas.

Y así á Becquer, en verso y á Juan Montalvo, en prosa, se les ha tomado como norma,—quien más, quien menos,—y á otros autores, siquier medianías en España, se les ha rendido el mismo tributo.

*
* *

La revista, medio de difusión más potente que el diario, más fácil que el libro, y cuyos buenos efectos se advierten en todos los países, será en aquéllos, con el tiempo,—así lo esperamos de los encargados de la instrucción pública,—objeto de cuidado y de expansión. Las revistas especiales no necesitan allá sino el apoyo de los gobiernos. Guatemala desde mucho tiempo hace ha tenido más ó menos buenas publicaciones de este género. Entre ellas, la mejor indudablemente fué *El Porvenir*, donde escribían publicistas meritorios. El Salvador *La Juventud*; Costa Rica, *La Enseñanza*, sostenida y dirigida por Juan F. Ferraz; Honduras, últimamente, si nos es fiel la memoria, una fundada por Félix Medina, y Nicaragua *El Ateneo*, revista notable, órgano de la principal asociación literaria que allá ha habido. Esto, sin contar con gran número de publicaciones del mismo género, mantenidas por sociedades de jóvenes que em-

piezan su carrera, y con las distintas revistas de medicina, jurisprudencia y agricultura, como la que dirige nuestro excelente amigo Rafael B. Peña.

¡Oh! pero todo es escaso. No hay público, no hay lectores sino en pequeñísimo número; y, necesariamente, toda iniciativa tiene que ser de parte de los gobiernos.

Allá no hay ejemplo de que un Varela centro-americano haya promovido un certamen, ó haya hecho publicar tal obra de tal autor, como no ser con fines políticos. Nó, nunca. Gobernantes ha habido, eso sí, favorecedores de las letras, en estos últimos años.

Merece el primer lugar y el primer recuerdo Barrios en Guatemala,—tirano y todo lo que quieran decir sus enemigos,—radical al rojo blanco, pero que dió apoyo á las letras y fomentó la instrucción. Luego el presidente Zaldívar, del Salvador, á quien si se le pueden achacar las flaquezas muelles del rey Sol, tuvo también de éste la generosidad con escritores y poetas. Á Guardia en Costa-Rica lo recordaremos; baste que haya protegido á un pobre y soberbio ingenio, á Joaquín Pablo Parada, gloria de Colombia.

En Honduras, Marco Aurelio Soto, fué un presidente excepcional, un presidente literato. Aquí no podemos sino dejar escrito que bajo su administración llegó Palma á aquella república, siendo recibido régiamente, como este gallardo y real poeta se lo merece; que tuvo á su alrededor siempre hombres de letras, lo que no alaba mucho su capacidad de gobernante, si queréis; que ordenó la publicación de obras desconocidas de viejos autores nacionales como Valle; y que, con razón, entre los únicos siete individuos que en el mundo son miembros honorarios de la Academia Española, está él.

También Zaldívar. Y son los únicos de América, después del emperador don Pedro del Brasil.

En Nicaragua Cárdenas, y en Costa-Rica Soto, merecen la gratitud de la generación nueva que en aquellas repúblicas ha recibido de ellos apoyo y favor. Durante la administración Cárdenas, la instrucción progresó muchísimo, los colegios, las bibliotecas, tomaron ensanche. El señor don Joaquín Zavala, hizo un bien muy grande,—entre otros muchos,—al país, cuando ocupó la presidencia de la república: estableció la Biblioteca nacional, que su director, el poeta Aragón, procura mantener lo mejor que el ministerio de instrucción pública le permite.

*
* *

Hemos dejado para finalizar, dos nombres, los de dos escritores, si el uno más vigoroso y castizo, el otro más audaz y más artista: Pedro Ortiz y Manuel Riguero de Aguilar. Ellos sostienen hoy el pabellón, ellos dan animación á la prensa, los dos distinguidos, nuestros mejores compañeros de redacción en días mejores, porque son pasados. Ortiz es autor de una interesante obra sobre los hombres principales de Centro-América, estudios magníficos, donde reúne á una multitud de datos curiosos, mucha sabrosura en el modo de expresarse, y una corrección sujeta en todo y por todo, al rigorismo académico más completo. Riguero nó; Riguero,—que es español, y fué amigo y compañero de Bartrina, en Barcelona,—es más suelto, más caprichoso, gusta de ciertas libertades y holganza con su pluma, y escribe, como buen periodista, de todo. Es una especie de escritor enciclopédico y medio revolucionario. ¡Excelente colega aquel andaluz!

Nuestra última palabra.

Mientras no haya unión siquiera en la vida del alma, ya que no, ¡ay! en la vida política, entre las cinco pequeñas naciones en que está dividida la antigua federación centro-americana,—las letras, como manifestación verdadera de la existencia de un pueblo, no pueden ser allí sino escasas, débiles, pobres. Trabajad, ¡oh, hermanos! porque se efectúe esa unión; que sin ella seremos desconocidos, no digo en el otro continente, donde si ha llegado nuestro nombre ha sido con nuestros azúcares, nuestro café caracolillo, y nuestro buen cacao que ha hecho famoso á M. Menier; sino,—¡algo que da tristeza! —en estas mismas naciones de nuestra raza, como este soberbio país de Chile, desde donde os dirigimos estas palabras.

RUBÉN DARÍO